



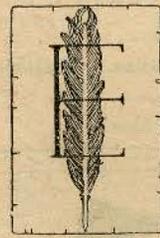
Buenos Aires CARAS Y CARETA. 13 febrero 1926

O.C.
to us X

Otra vez vuelve el maestro a honrar estas páginas con vibrantes y sabias crónicas. El explicó en "Preludio" su silencio guardado durante un período que habrá parecido largo a los lectores de CARAS Y CARETAS.

Desde Hendaya

III. El Bidasoa



13 II - 1926

L Bidasoa es, como sabéis, el río lindero entre España y Francia en esta parte de la frontera, en los Pirineos occidentales. Es un río y no una cresta montañosa lo

que aquí separa y a la vez une a ambas naciones vecinas y contiguas. El Bidasoa en español, y en francés, la *Bidasoa*.

En francés los nombre de los ríos son femeninos, pues lo es *la rivière*, aunque no lo es *le fleuve*. Dicen *la Seine* y nosotros el *Sena*. "La ría" en español es otra cosa; es un brazo de la mar que entra en tierra, la ría de Arosa. Pero nuestros ríos, precipitados y violentos, torrentosos a trechos, son masculinos: el Ebro, el Tajo, el Duero, el Guadalquivir... Aquí es masculino el Ródano. Su parte de ría tiene el Bidasoa, al pie de Fuenterrabía, donde se pierde entre arenas y en un brazo de la mar, pero este pequeño e infantil Bidasoa, de vida tan recatada y tan corta, no

es ni masculino ni femenino; es infantil.

Alguien que tiene la manía etimologista—tan frecuente entre mis paisanos los vascos—me pregunta si Bidasoa será una palabra compuesta de *bide*: camino, e *ichasoa*: la mar, y será algo así como camino de la mar o a la mar. No lo sé, pero este río no bien nace entre las montañas, después de jugar un rato, se desprende de su regazo y va a perderse en la mar.

Hay que verle desde Biriatu cómo serpentea por la encañada, entre verdes sembrados, cómo abraza entre sus aguas tal cual islote—entre ellos la llamada isla de los Faisanes, donde se celebró el fatídico pacto de familia, de la familia de los Borbones—y cómo va, por bajo los puentes que unen a Francia y España, a perderse en las arenas. Y le sigo con la vista, y sigo con la vista y con el corazón las líneas huideras de los contornos de las montañas españolas.

Las apacibles riberas del Bidasoa, la española y la francesa, parecen a





propósito para dedicarse al contemplativo oficio de la pesca. ¡Y pensar que por ellas se haya hecho contrabando! Del lado de España aféanlas esas: hórridas garitas de los carabineros encargados de vigilar, fusil al hombro, el contrabando. ¡Lo que destruyen la poesía unos aranceles!

Luego el Bidasoa va a dar en el abra que al pie de Fuenterrabía, entre esta ciudad y Hendaya, recibe a la mar. Cuando la marea alta cubre esta abra parece un lago y sus alrededores ofrecen uno de los más espléndidos panoramas que aquí, en Francia y en España, cabe ver. Aunque, la verdad, la vista de Fuenterrabía—que tanto encantó a Víctor Hugo,—desde aquí, desde Hendaya, ofrece un poco el aspecto de una tapa de cromo.

Porque es Fuenterrabía una pintura en la tapa de España, oleografía ¿de confitura?
 P
 Aduana... policía...
 carabineros y esa paradoja que llaman los civiles,
 castiza frasca toda de alguaciles...
 ¡dobleemos la hoja!

No he logrado poder continuar esta composición y es que no estoy en vena humorística. Me duele demasiado la frasca alguacilesca y sobre todo la policía. Policía que aquí se dedica principalmente al contrabando.

Hay en la literatura española una especie de romances a los que se les llama romances fronterizos y son los que cantan, o más bien describen—

rasgos más gráficos que musicales— las luchas entre moros y cristianos en las lindes del reino de los unos y de los otros durante los siglos de la Reconquista. Aquí se podría escribir también romances fronterizos, pero ¡qué poco románticos! De luchas entre carabineros y contrabandistas. Y ahora, con el régimen de pasaportes y de miedo—miedo de los que dicen que mandan—romances policíacos. Pero lo policíaco destruye toda poesía.

Policía, la palabra, arranca de la misma raíz que política, de *polis*, ciudad, pero no encuentro nada menos político, menos civil, menos ciudadano, que la policía. Sobre todo desde que hay esto de los pasaportes. Y este Bidasoa, este flúido eslabón vasco entre España y Francia, que no deja de tener su pequeña historia—su historieta si queréis—política y civil desde que rige el actual régimen se ha contaminado de policía. ¡Pobre caminito a la mar!

Esta tarde, al volver del núcleo del pueblo a este hotel en que escribo, mientras el Yaizquibel parecía derretirse en la terca lluvia—y con él, con ese monte, la visión de mi España—trataba yo de seguir con la vista el errabundo curso del Bidasoa en las arenas de la baja mar. Y pensaba en la indecisa frontera espiritual que en el lindero de la mar de la civilización divide a España de Francia. Y más especialmente pensaba en la España del vasco Iñigo de Loyola, el de la Compañía de Jesús, y la Francia del vasco abate de Saint Cyran, el de Port Royal, el del jansenismo...

15

M i g u e l d e U n a m u n o

